

RECUERDOS*

Luz María Vasco de Z.**

Un sueño realizado

Era un día cualquiera del calendario, sin embargo, para Angélica María era un día especial. En la prensa local había aparecido la información de los bachilleres que habían pasado las pruebas para su admisión a la Universidad, y en las listas estaba el número del código correspondiente a su credencial.

Por fin, ese sueño inalcanzable para miles de jóvenes que aspiraban a continuar sus estudios en la universidad, se convertía para ella en una realidad, abriéndole las puertas de un mundo encantado, en el cual se es adulto y libre por el solo hecho de portar un carné de estudiante universitario.

En medio de su alegría y del regocijo de sus familiares, quienes también veían en este hecho el triunfo de sus esfuerzos y el logro de sus aspiraciones, Angélica María inicia los trámites exigidos para matricularse en la Facultad de Enfermería de uno de los mejores centros docentes del país.

* El presente relato obtuvo el segundo premio en el concurso literario *Mi paso por la Facultad de Enfermería*, convocado con motivo de los 40 años de la Facultad de Enfermería, Universidad de Antioquia.

** Enfermera vinculada a la empresa ISA (Interconexión Eléctrica S.A.).

Ese futuro inmediato, para ella, era como el inicio del recorrido por un sendero colmado de rosas hermosas y fragantes, sin pensar que las rosas también tienen espinas. No alcanzaba a imaginar la importancia que para su vida tendría, la vivencia de experiencias que una convulsionada situación social y universitaria le ofrecerían.

Angélica Marfa pertenecía a una familia de tradición de la ciudad, que esperaba en cada uno de sus miembros la perpetuación de sus valores, tradiciones y rígidas ideas, como una consecuencia lógica del respeto a sus patrones ancestrales.

Había estudiado en los mejores colegios, los cuales conjuntamente con su hogar, le habían labrado principios de acato a la autoridad, rectitud, respeto a los demás y a la religión católica, sin mucha posibilidad de disentir o expresar ideas contrarias.

Así mismo, la carrera que ella escogió y la aceptación que obtuvo por parte de la Universidad, permitían suponer que estaban dadas todas las condiciones para que las expectativas familiares se vieran realizadas plenamente.

El primer día de clase

El sol irrumpía en el horizonte, elevando sus dorados rayos por el oriente, dándole una sensación de calidez a esa fría mañana del segundo lunes de febrero. Se presagiaba un día caluroso, prolongación del verano de las vacaciones.

Este era el primer día de clase del año para la gran mayoría de la masa estudiantil de la ciudad. Se respiraba por doquier el entusiasmo vibrante de quienes se aprestaban a iniciar una nueva jornada académica, que marcaría un paso más hacia la definición del futuro de cada uno. Era el día del reencuentro con los compañeros del año anterior. Todos llegarían cargados de historias, aventuras, nuevas amistades, amores y recuerdos de lugares increíbles, haciendo poco perceptible la pincelada de nostalgia correspondiente al recuerdo de las vacaciones terminadas, y al vacío dejado por algunos de los compañeros, quienes por diversas circunstancias no harían parte del grupo que hoy se encontraría nuevamente reunido.

Para Angélica María significaba mucho más que esto. Era prepararse para entrar en un mundo misterioso y encantado, en el cual la medicina y la enfermería tenían un papel mágico y prodigioso. Quienes entraban a ser parte de él, adquirían una investidura que los transformaba completamente ante sus ojos, y los acercaba a ese mundo mitológico de los dioses que tanto la había apasionado en sus lecturas.

El despertador sonó a las cinco y media de la mañana. Al contrario de otros días, Angélica María se sintió completamente despierta. En forma ágil abandonó la cama, para estar dispuesta a las seis y veinte con su falda de cuadros rigurosamente planchada.

La hora de comienzo de las actividades estaba fijada para las siete de la mañana y la Facultad se encontraba a media hora de camino de su casa. Por ello, había programado salir anticipadamente para no llegar retrasada a su primer día de clase.

No había una sola ruta de buses que cubriera ese trayecto. Con anterioridad había definido cuál sería el camino que, a partir de ese día, convertiría en el recorrido inmodificable para los cuatro viajes diarios entre la casa y la universidad.

Múltiples fueron los pensamientos que pasaron por su mente en esa media hora, y muchos los interrogantes que contribuían a hacer más apremiante su deseo de llegar. Repentinamente se vio frente a la puerta de entrada de la Facultad de Enfermería.

La uniformidad cromática del vestuario de las estudiantes y el encuentro con las religiosas que dirigían la Facultad, quienes estratégicamente distribuidas saludaban y daban la bienvenida a sus nuevas alumnas, la hizo remontarse momentáneamente a sus recuerdos de colegio, pero rápidamente se encontró inmersa en el regocijo contagioso de saludar a algunas de las compañeras de bachillerato, quienes habían hecho su misma elección y de reconocer antiguas amistades de la época de la primaria, sin alcanzar a expresar la profunda emoción que aquellos encuentros le producían. Casi sin darse cuenta se vio sentada nuevamente en un aula escolar, pero ya no, en pupitres con cajoncitos para guardar los útiles durante el año, sino en

las llamadas sillas universitarias que sólo disponían de un soporte para facilitar la escritura.

Tan pronto pasaron las bienvenidas y las presentaciones de rigor de las directivas de la Facultad y de su cuerpo profesoral, el ambiente fue descendiendo de un clima de excitación y euforia a la calma que caracterizaba la actividad académica que en ese momento comenzaba. Recibieron entonces, toda la información acerca del funcionamiento de las diferentes dependencias del establecimiento, y de los horarios y materias correspondientes a ese primer semestre de la carrera.

El sofoco producido por el aumento de la temperatura anunció la llegada del mediodía, hora en la cual se parte la jornada para el regreso a las casas en busca del almuerzo.

Toda la familia estaba pendiente de su llegada. Angélica María apretujaba las palabras para poder expresar todas sus emociones y contestar el sinnúmero de preguntas que le hacían. Así mismo, disfrutaba el merecido almuerzo que, la voracidad despertaba por las cinco horas de ayuno y las caminadas de ida y regreso de la Universidad, habían convertido en un apetitoso manjar.

Sin finalizar aún de narrar todos los pormenores de la mañana, se dispuso a salir nuevamente para la universidad. Reanudó el camino que pronto se convertiría en algo tan familiar, que en un futuro podría describirlo mentalmente, recordando en forma precisa las fachadas de las casas, los edificios y las personas que regularmente se encontraría día a día en su trayecto.

Comenzaron las clases esa misma tarde. La acomodación de las compañeras en el aula definió desde ese momento los subgrupos que se conformarían para compartir más de cerca esta nueva etapa de la vida.

La tarde transcurrió en forma apacible y, sólo al final de ella, cuando recibieron la información de dónde iban a recibir las clases al día siguiente, se advirtió otra oleada de entusiasmo y comentarios picarescos. Sería uno de los últimos grupos que pasarían por la controvertida experiencia de estudios generales, donde agrupaban a los estudiantes de primer semestre de

las distintas facultades de la universidad para recibir las materias comunes. Además, recibirían clases en la Facultad de Medicina, lo cual les proporcionaba por fin, el sabor anhelado de un ambiente universitario.

Una nueva etapa

Parecía mentira que ya hubiera transcurrido un semestre desde cuando Angélica María iniciara sus estudios en la universidad. Una vez más la relatividad del tiempo se hacía evidente. Este era un momento esperado desde el primer día de clase. En aquel entonces se veía lejano y los días que faltaban para llegar a él se hacían lentos y eternos. Hoy mirando hacia atrás, parecía muy corto este lapso. Se desvanecían como por encanto los recuerdos de los tropiezos y dificultades superados, las jornadas de traspaso para preparar los exámenes, los minutos de angustia que los precedían y los días de expectativa esperando las notas respectivas.

Para ese entonces el grupo había logrado una buena cohesión, pero sólo en apariencia, porque internamente existía una división en grupos de personas que tenían alguna cosa en común, como por ejemplo el colegio de origen o la circunstancia de haberse conocido con anterioridad. Para un observador cuidadoso esta división tenía una connotación realmente clasista. Era una fiel reproducción de la sociedad que representaba y una circunstancia propiciada un poco en esta dependencia universitaria.

Pese a lo anterior, se respetaban reglas implícitas de convivencia que permitían una adecuada integración para el desarrollo de las actividades académicas, y le daban al grupo esa imagen exterior de unidad y armonía que los demás percibían.

En esta noche, Angélica María y todas sus compañeras en presencia de sus familiares y de las directivas universitarias, recibirían la toca, símbolo de la profesión de enfermería, en una ceremonia que año tras año se lleva a cabo como un ritual, que abre las puertas a la práctica hospitalaria y al contacto con la humanidad doliente, objeto de la carrera.

La ceremonia comenzó con gran solemnidad. Se inició el desfile de las estudiantes completamente transformadas, con un porte de orgullo acentuado por sus uniformes blancos y la capa azul y roja que los cubría parcial-

mente, portando en sus manos una lamparita encendida y con un rostro que expresaba una inmensa alegría. Se fue generando una atmósfera de profunda emoción que se extendió como un soplo por todo el recinto, contagiando con ella a todos los presentes.

Una tras otra, las estudiantes recibieron en su cabeza el preciado tesoro, de parte del rector de la Universidad, ayudado por la directiva de la Facultad de Enfermería. Este significaba mucho más de lo que ellas podían comprender en este momento.

Al lunes siguiente debían presentarse en una de las salas del Hospital Universitario para comenzar las prácticas. En el fin de semana deberían hacer todos los preparativos para tener impecable el nuevo uniforme, el cual era motivo de orgullo para las estudiantes de esta carrera.

La participación en el trajín de la vida hospitalaria tuvo en su comienzo para Angélica María, esas características de ensoñación y magia que había imaginado, lo cual la llevaba a darle a todas sus actuaciones una significación de ficción embelesante. Sin embargo, con el tiempo empezó a develársele una realidad diferente de los hechos y de los personajes que actuaban en este escenario, y la fue ubicando en la existencia de un sufrimiento que a veces tenía orígenes y explicaciones que le dolía aceptar. La práctica de la medicina y de la enfermería, le generaban día a día uno y mil interrogantes que aún no era capaz de resolver.

Desde el primer día advirtió la presencia de un hilo mágico que unía su corazón con el de sus pacientes, y a pesar de sentir un gran choque con la cruda y fría realidad, éste persistía y se hacía más evidente y fuerte con el tiempo. Posteriormente pudo comprobar que este hilo sólo estaba presente en su trabajo con los enfermos de los servicios de caridad, porque nunca pudo percibirlo en su contacto con los pacientes de las instituciones privadas de hospitalización.

El desarrollo normal de las prácticas, se vio interrumpido en más de una ocasión por circunstancias originadas en los conflictos universitarios. Todas estas vivencias hacían que Angélica María modificara su actitud de simple receptora de los hechos, a una nueva posición que le iba definiendo un compromiso con la sociedad como persona y como futura profesional.

Un mito se derrumba

En la sala de reuniones de la rectoría se hallaba reunido el Consejo Superior Universitario. Presidía la reunión el señor gobernador del Departamento. A su alrededor se encontraban importantes personalidades de la ciudad en representación de diversas instituciones, incluyendo a la Iglesia, que tenían el honor de tener su asiento allí, en la máxima corporación del primer centro de educación superior de la región, así como también los representantes de los distintos estamentos de la Universidad.

Además de los nueve miembros que integraban este consejo, asistían por derecho propio el rector con voz pero sin voto y el secretario general de la misma, quien hacía las veces de secretario del organismo. Su conformación facilitaba tomar las decisiones por votación, cuando los desacuerdos impedían llegar a ellas por consenso.

El desarrollo de sus sesiones se había convertido en uno de los centros de atención principales de toda la Universidad, debido a que sus decisiones introducían virajes muy importantes al curso que tenían los acontecimientos actuales y, en ocasiones, se convertía en el escenario de choque directo de los representantes estudiantiles y profesoriales con los directivos de la Universidad.

En la Facultad de Enfermería, así como en las demás facultades, se había organizado el Consejo Estudiantil. Angélica María había sido una de las estudiantes nombradas por votación para integrarlo, circunstancia que la llevaría a vivir situaciones con más visos novelescos que de realidad.

El clima de la Universidad estaba cada vez más tenso y los problemas internos habían dado cohesión y fuerza a las organizaciones profesoral y estudiantil. Cada día se sumaban a este caldero los problemas que surgían en cada dependencia, así como los problemas económicos y generales existentes en la Universidad en aquella época.

Rápidamente se le presentó a ella la posibilidad de asistir a una reunión del Consejo Superior Universitario, acompañada de los representantes estudiantiles de otras facultades. Para Angélica María era una oportunidad fascinante. Estar sentada frente a unas personas que tenían para ella una

investidura de autoridad que casi las hacía inalcanzables desde su posición de estudiante y que por lo tanto le inspiraban un profundo respeto, le producía una emoción intensa.

La reunión fue muy corta porque sólo tenía como objeto escuchar la posición de los estudiantes en relación con el conflicto presente. En opinión de los directivos éste se estaba prolongando y conduciendo en tal forma, que podría tener un desenlace funesto para el futuro desarrollo de las actividades académicas. Sin embargo, duró el tiempo suficiente para que ella observara detenidamente a cada uno de los personajes allí presentes, escuchara atentamente lo que cada uno decía y repasara una y otra vez sus rostros, sus ademanes, lo que ellos representaban: el rector... el gobernador... el alcalde... el representante del arzobispo... el representante del ministro de educación... y los enmarcara como ella los había imaginado, dentro de un halo de solemnidad que esta vez definió el estilo de la reunión.

La situación cada día era más difícil y los problemas de la Universidad habían rebasado sus fronteras, produciéndose manifestaciones por las calles de la ciudad, pedreas, quema de buses como protesta por el aumento de los pasajes y enfrentamientos con la policía, lo cual hacía cada vez más frecuentes y prolongadas las reuniones de todos los organismos universitarios, llegando a ser más numerosas las reuniones extraordinarias que las ordinarias y a no tener un horario definido para las mismas.

Las respuestas dadas por el Consejo Superior Universitario a esta situación no eran las esperadas, porque el objeto de las reuniones se centró en la solución de los conflictos de orden público y no en la búsqueda de soluciones a los problemas internos de la Universidad. Lo anterior incrementó el enfrentamiento del representante de los profesores y el de los estudiantes con los demás miembros del Consejo.

El panorama descrito propició una nueva oportunidad de reunión de los miembros del Consejo Superior Universitario con los representantes estudiantiles, pero en este caso solicitada por estos últimos. Al comienzo ella estuvo revestida del mismo estilo ceremonial de la reunión anterior, pero pronto el clima fue cambiando y la acentuada compostura de algunos de los miembros del consejo fue desapareciendo.

Para Angélica María fue presenciar la metamorfosis de unos majestuosos y relucientes pavos reales, en monstruos amenazantes que obligaron a los estudiantes a tomar una posición fuerte y digna, con el objeto de equilibrar las actitudes de poder aplastantes y demoledoras de las autoridades universitarias presentes, ante los planteamientos contrarios pero serios de los representantes estudiantiles. Comenzaba a ponerse en evidencia, dentro de la reunión, la presencia de intereses extraños y ajenos al medio universitario.

Esta revelación despertó una sensación de inquietud en Angélica María, porque ello sacudía patrones muy arraigados de su formación. Una vez más y con mayor atención que en la primera reunión, repasó cada uno de los rostros que tenía al frente y encontró cambios en sus miradas, en sus actitudes, en sus ademanes, y repetía mentalmente; el rector... el gobernador... el alcalde... el representante de la Iglesia...

La Universidad parecía un péndulo que oscilaba entre momentos críticos, y momentos de aparente paz que permitían hacer algún avance en las actividades académicas, especialmente en las facultades del área de la salud, las cuales por su ubicación alrededor del Hospital y fuera de la ciudad universitaria sentían con menos rigor las consecuencias de este conflicto. El tiempo transcurría y no se lograban superar los problemas que subyacían a las manifestaciones de los mismos, los cuales exigían su estudio profundo, para elaborar propuestas de cambio radicales que permitieran llegar a una solución definitiva.

Aparecía una nueva circunstancia: la finalización de la vigencia del período rectoral. Cada uno de los estamentos universitarios debería aportar un nombre para la conformación de una terna, de la cual el Consejo Superior Universitario debería hacer la escogencia del nuevo rector.

El cambio a este nivel directivo se convertía en una esperanza de salida del punto muerto en el cual estaba el conflicto, y los estudiantes centraban nuevamente toda su atención en los resultados de las reuniones del Consejo Superior.

Pero dichas sesiones habían abandonado su carácter de solemnidad y habían dejado de ser universitarias, para convertirse en un campo de lucha de intereses personales y políticos, del cual como cosa escandalosa para

Angélica María, no se sustrafía el representante de la Iglesia. Más parecía un mercado de ofertas y contraofertas o la repartición de un fortín burocrático, que la escogencia de la persona rectora del segundo centro universitario del país.

Por fin, después de una acalorada reunión, se llegó a un acuerdo en la escogencia de quien en un mes asumiría la dirección del plantel.

Angélica María, con un grupo de representantes estudiantiles de diferentes facultades, esperaba cerca a la rectoría los resultados de dicha sesión. Vio cuando se abrió lentamente la puerta para dar paso a las personas allí reunidas. Sintió, entonces, como si un velo cayera de sus ojos. Era la desaparición de un mito. Dirigió su mirada a quienes salían y, una vez más, pero en forma muy diferente se repitió mentalmente, el gobernador... el alcalde... el rector... el representante de la Iglesia... el representante del ministro de educación... yo...

Campo de guerra

¡BAM! El estruendo fue inmenso. Una onda explosiva se extendió en fracción de segundos haciendo estremecer toda la estructura de las edificaciones del campo universitario, y los ventanales vibraron como si fueran a estallar y a volar en mil pedazos.

El grupo de estudiantes que se hallaba en aquella aula de clase, participó de un silencio expectante que rápidamente se vio interrumpido por una ráfaga de disparos.

Era el quinto día de una lucha abierta entre los estudiantes y la policía. Los primeros estaban protegidos por barricadas construidas en sitios estratégicos dentro de la Universidad, desde donde lanzaban piedras y bombas de gasolina, con tal organización, que hacían retroceder a la fuerza pública. La policía protegida por sus escudos de dotación y por los disparos al aire de su retaguardia, obligaban a los estudiantes a replegarse ante el avance amenazante de las balas.

Este cuadro parecía extraído de los documentales de otros países latinoamericanos que se presentaban regularmente en la Universidad, en los cua-

les se reproducían una y otra vez estas mismas escenas, como respuesta de un movimiento estudiantil vibrante y crítico que protestaba ante las condiciones de dominación extranjera y por los problemas sociales del país, reflejados en una delicada situación universitaria, los cuales finalizaban con una escalofriante represión del Estado, representada en torturas y desaparición de personas.

Esa tarde, un grupo de estudiantes de las Facultades de Enfermería y Medicina atendieron el requerimiento de sus compañeros universitarios, para conformar grupos de primeros auxilios, con el objeto de atender dentro de los mismos predios de la Universidad a los estudiantes heridos en estos enfrentamientos. La explosión que acababa de escucharse puso en alerta a todos los presentes.

Para Angélica María era difícil creer lo que estaba viviendo. Se sentía participando de un mundo más bien de ficción que la transportaba a un campo de batalla, en donde Florence Nightingale prestaba sus servicios de enfermería a los heridos de guerra. Sus pensamientos fueron interrumpidos en forma abrupta por una nueva ráfaga de balas que se escuchó por diferentes costados, y no cesó a los pocos segundos como en ocasiones anteriores, sino que se prolongó por minutos que se hicieron interminables.

Ese RA TA TA TA sostenido comenzó a extender una sombra de temor en el ambiente, incrementándose con los gritos lejanos que sobresaltan de la algarabía general de los estudiantes, anunciando el ingreso del ejército a los predios universitarios. Luego de un instante de pánico colectivo, los grupos estudiantiles trataron de organizar su defensa interna, mientras en el improvisado servicio de urgencias se trataba de dar abasto a la atención inmediata de los múltiples heridos que iban llegando.

La situación llegó al clímax cuando los estudiantes, convertidos en una masa informe e incontrolable, pedían venganza, mientras cargaban el cuerpo ensangrentado de uno de sus compañeros, herido de bala en la cabeza.

Era un momento difícil de describir. La confusión, la angustia, la rabia y la incertidumbre reinantes, pudieron haber conducido quién sabe a qué otras consecuencias más funestas, si quienes recibieron al compañero heri-

do para atenderlo, al comprobar que aún continuaba con vida, no hubieran decidido sacarlo en forma inmediata de la Universidad.

Angélica María y dos de sus compañeros salieron en busca de los Directivos de la Universidad, quienes estaban en el edificio contiguo, para informarles de lo ocurrido y solicitarles un transporte urgente para conducir al herido al centro hospitalario más cercano.

El auto partió de la rectoría hacia el hospital, con una bandera blanca y abriéndose paso con su pito. Como por encanto, cesó el ataque del ejército y se retiró de los alrededores de la ciudad universitaria.

La oscuridad de la noche se sumaba al espíritu sombrío que se reflejaba en la cara de todos los presentes. Parecía como si las estrellas se hubieran refugiado en su espacio infinito, para no presenciar lo que acababa de acontecer. Dos truenos lejanos y un viento helado que calaba los huesos anunciaron la vecindad de una tormenta.

Lo ocurrido, cualquiera que fuera su desenlace, complicaría más la situación y polarizaría aún más la lucha que se venía desarrollando.

El grupo de estudiantes de enfermería decidió retirarse a sus casas. Angélica María lo hizo con la sensación de haber cumplido con la misión encomendada, pero con un dolor muy hondo que llegaba a las fibras más profundas de su ser.

Tiempo para el amor

Angélica María se hallaba detenida, como extasiada, ante el concierto que ofrecían múltiples pajaritos, que, juguetones, revoloteaban por entre las ramas de los árboles y en el jardín de orquídeas colgantes de la avenida principal del Hospital Universitario.

El Hospital había sido construido aproximadamente cien años antes por una de las familias más adineradas de la ciudad, para dar atención a las personas de más bajos recursos. En la actualidad, convertido en uno de los mejores centros hospitalarios del país, es el principal campo de práctica de los estudiantes del área de la salud.

Disponía de una amplia zona verde completamente arborizada, que rodeaba los pabellones de un solo piso, agrupados por especialidades, conformando bloques separados por calles o amplias avenidas, que le daban un aspecto exterior muy pintoresco. Se notaba un contraste entre este ambiente natural, hermoso, plácido, lleno de armonía y colorido, y el ambiente interior, donde se libraban permanentemente verdaderas batallas contra el dolor y la muerte, en medio de realidades sociales desgarradoras.

La vida universitaria, para una estudiante de enfermería, estaba compuesta por un sinnúmero de actividades, que directa o indirectamente se derivaban de su ingreso a la Facultad. Las prácticas hospitalarias en las mañanas, las clases y laboratorios en las horas de la tarde y las actividades extra curriculares de tipo cultural, científico, gremial y social, le permitían un enriquecimiento integral, que imperceptiblemente iba modificando y madurando su personalidad.

Hacía seis meses, en un paseo organizado por los estudiantes de enfermería y medicina, Angélica María había conocido a José Andrés, un estudiante de último semestre de medicina. A partir de ese momento, él buscó las oportunidades que le permitieran tener algún acercamiento a ella, sin encontrar una respuesta diferente a la buena disposición para una bonita amistad.

En esta mañana y en medio de su éxtasis, Angélica María recordó la frase que uno de sus profesores, el de anatomía, repetía con profundo cariño en medio de sus clases: *en el corazón de cada estudiante de medicina está labrada una enfermera*. Esta circunstancia llevaba a las estudiantes a tener momentos de ensoñación que las hacía pensar en *principes azules* vestidos de blanco, y les alimentaba a algunas el deseo oculto de que estos pensamientos se convirtieran para ellas en una realidad, pero Angélica María veía estas frases muy aparte de sí, porque su corazón ya se encontraba comprometido muy lejos de estos claustros universitarios.

Sin embargo, en aquel momento, evocando ese recuerdo, pensó en José Andrés y experimentó una sensación nueva que la sobresaltó, haciéndole recordar que debía darse prisa para no llegar tarde al comienzo de la jornada de ese día.

Transcurría el tiempo. Cada vez eran más escasos y más espaciados los instantes disponibles para compartir con su novio. Los dos luchaban desesperadamente por defender un amor que había llenado de calidez y ternura tantos momentos de sus vidas, y los había llevado a soñar con un mundo ideal, donde sólo tenía cabida la felicidad y la dicha. Mientras tanto, José Andrés convencido de haber encontrado la mujer que él había imaginado para compañera de su vida, se dio a la tarea de conquistarla, encontrando siempre una respuesta amable pero negativa, que le impedía traspasar la barrera de una amistad agradable y sincera.

La agudización de los problemas y la participación en innumerables reuniones derivadas de ellos, se convirtió en pretexto para que José Andrés acompañara a su amiga a su casa o la invitara a hacer una pausa en algún sitio mientras departían un rato, escuchaban música o comentaban los pormenores del día.

Sin darse cuenta, su amistad se fue transformando. En forma sutil fue ganando terreno sobre su primer amor, un amor juvenil lleno de romanticismo y envuelto en color de rosa, que no maduró a la par con ella y que fue quedando sumergido en los recuerdos de su niñez.

Un final y un comienzo

Se cierra hoy un capítulo del libro de la vida de Angélica María. Nuevamente se encuentran reunidas las estudiantes que hace tres años iniciaron juntas esta etapa. Hace dos años y medio, en este mismo recinto, se habían congregado para la ceremonia de imposición de tocas, pero en esta ocasión dos sillas quedarían vacías. Eran los puestos correspondientes a dos de sus compañeras, quienes pese a sus desesperados esfuerzos, no lograron aprobar todas las materias requeridas para la obtención del título.

Esta noche, rodeadas por sus familiares más cercanos, recibirían de parte de las Directivas de la Universidad el diploma que las acreditaría para ejercer su profesión.

Faltaban pocos minutos para el comienzo de la ceremonia. Los corredores aledaños al lugar de la celebración se encontraban atestados de personas, que expresaban en sus rostros la alegría y la ansiedad propias del momen-

to. El bullicio se iba incrementando por segundos a medida que llegaban más personas y que el tiempo transcurría.

El pensamiento de Angélica María se remontó al pasado y volvió a recordar la felicidad experimentada al conocer su ingreso a la Universidad. Las sorpresas e impresiones del primer día de clase. La emoción de la ceremonia de imposición de tocas. El principio de la práctica hospitalaria... Todos estos recuerdos iban pasando por su mente como una película y fueron sustrayéndola lentamente del lugar. Las voces y el ruido de su alrededor se iban haciendo cada vez más lejanos e imperceptibles...

Sintió un estremecimiento al evocar los recuerdos de las luchas estudiantiles y la muerte absurda de su compañero en aquel infortunado día. Recordó su satisfacción cuando conoció el retiro definitivo del representante de la Iglesia al Consejo Superior Universitario, motivado por las quejas contra sus actuaciones llegadas a oídos del arzobispo de la ciudad. Vibró con la alegría que le producía su trabajo con los enfermos, y recordó conmovida la expresión de sus ojos y su sonrisa, y las lágrimas con que en más de una ocasión le demostraron el agradecimiento por sus cuidados y dedicación. Recordó la controversia suscitada en el interior de la Facultad al decidirse el retiro de las religiosas de su dirección vitalicia, para dar cabida a los procedimientos regulares establecidos en la Universidad para la organización y dirección de todas sus facultades. Revivió la sensación experimentada cuando vio salir uno a uno los miembros del Consejo Universitario, luego de la reunión donde se hizo la escogencia del nuevo rector.

Como en un desfile comenzaron a pasar uno a uno los rostros que durante ese lapso representaron algo para ella. Una música suave y delicada de Bach comenzó a impregnar su cuerpo y a entremezclarse con su pensamiento, indicando el inicio del acto. Fue a reunirse con su grupo, tomó el lugar que con anterioridad le había sido asignado, y pudo desde allí detallar las personas invitadas para acompañarlas en aquella ocasión.

Sus ojos se encontraron con sus padres, cuyos ojos también expresaban con su brillo la alegría experimentada. Al lado de ellos, José Andrés le sonreía con el orgullo de la batalla ganada. El recinto se vio colmado plenamente hasta convertirse en una masa de múltiples cabezas y de un sinnúmero de ojos que vibraban al unísono.

Hizo su entrada el nuevo rector, junto con los demás miembros de la mesa directiva. El transcurrir del acto fue como transitar por un pasadizo final que conducía a una gran puerta la cual abría lentamente sus alas hacia la vida.

No había concluido aún la ceremonia cuando los presentes escucharon una gran algarabía externa. Dentro del edificio se escuchó una voz que gritó para que cerraran las puertas de la entrada. Dos disparos al aire y el acercamiento de las voces que gritaban en la calle, evidenciaron un enfrentamiento más entre los estudiantes y las fuerzas del orden...